

LA VIDA COMUNITARIA

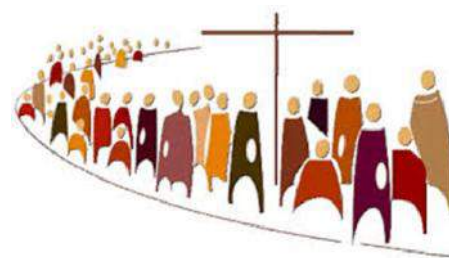
DECIEMBRE 2018

EN PALABRAS DE ADELA – Nº 11

Provincia del JAPÓN

Según las cartas de Adela la vida comunitaria está cimentada en **la fe**. Ella vive **plenamente la alegría de Pascua** como la primera comunidad de Jerusalén. La vida comunitaria es también **un lugar abierto a la fraternidad y a la diversidad** manteniendo siempre la unidad.

“¡CUÁNTO DESEARÍA QUE LA PAZ Y EL BUEN ENTENDIMIENTO REINASEN SIEMPRE ENTRE TODAS VOSOTRAS! ES LA RIQUEZA DE LAS COMUNIDADES Y LA VERDADERA FELICIDAD QUE HACE GOZAR DE UN CIELO ANTICIPADO » (ADÈLE DE BATZ, 657, 4)



Cuando Adela piensa en el « querido proyecto », desea que la vida de comunidad aporte la verdadera paz y la felicidad del Señor a ella y a sus amigas. Por eso, con Juana Diché funda la “Pequeña Sociedad” basada en el amor de Dios. Ella les permite vivir mejor la fe en Jesucristo, dejándose conducir por el Espíritu Santo en las obras de caridad.

La paz es algo muy importante en la vida, sobre todo en la vida de comunidad. No cesemos de trabajar para que reine la paz. ¿Por qué Adela desea que la paz y el buen entendimiento reinen siempre entre nosotras? A mi parecer es porque quiere que sobre la fe construyamos **comunidades de oración**. Tales comunidades viven **plenamente la alegría de la Pascua** a imagen de la de Jerusalén. Una comunidad gozosa de hermanas marianistas es siempre un **lugar abierto**. En ella **hay una vida fraterna, solidaria, con una preocupación constante: testimoniar la alegría del Evangelio**. ¿Qué entendemos por una comunidad gozosa? Puede ser en primer lugar una comunidad que se nutre a la luz de la Palabra de Dios y en segundo, un lugar donde se experimenta la presencia de Dios. La comunidad marianista es un lugar donde cada una se siente en su casa, un lugar donde reinan la fraternidad y la unidad en la diversidad de sus miembros. (En comunidad vivimos humanamente la santa familia) Vivimos como una familia de María, nuestra comunidad no es, sin embargo, una familia humana. No nos escogemos. No queremos testimoniar más que

el amor de Cristo. Este Amor nos hace capaces de vivir una vida « juntas » con nuestras riquezas, nuestras diferencias, nuestros límites. Recordamos las palabras que el Papa nos ha dicho en su carta apostólica con ocasión del Año de la Vida Consagrada: “ Allí donde hay religiosos, hay alegría”, podemos aplicarlo a que donde hay religiosas marianistas, hay alegría. El medio más sencillo para mostrar nuestra alegría, es ofrecernos una sonrisa cada día. “Una sonrisa es tan importante como diez medicamentos tónicos”(Es una expresión vietnamita) El Papa Francisco ha dicho también que no hay que mostrar caras tristes de personas descontentas e insatisfechas, porque “una *sequela* triste es una triste *sequela*”. Nuestra sonrisa atrae a los jóvenes, si les ofrecemos fácilmente sonrisas vendrán a la comunidad y se quedarán. Nuestra sonrisa testimonia el amor fraterno, la solidaridad y el compartir.

“Ved ¡Qué agradable y delicioso que vivan unidos los hermanos!”(Sal. 132,1) Este versículo del salmo expresa bien la riqueza de la comunidad de Agen. Es allá donde se encuentra la dimensión de la cultura internacional marianista. Nosotras podemos hacer esta experiencia tan hermosa en Agen. Es verdaderamente una alegría encontrarnos y sentir la fraternidad entre nosotras. Estamos todas llamadas al servicio del Evangelio a ejemplo de Cristo, el Buen Pastor. La vida fraterna de las hermanas marianistas en comunidad es un lugar de aprendizaje, de acogida de las diferentes generaciones, culturas y temperamentos. Nos ayuda también a profundizar nuestra vida espiritual,



para que nos hagamos más humanas. La relación personal de cada una con Cristo es importante y ella construye la comunidad.

« « La vida comunitaria” es un camino de una real humanización; no es fácil, pues es preciso quererlo; es también un don recibido de Dios, que es y hace nuestra unidad. Sucede que hermanos y hermanas no puedan ya vivir la vida en común bajo el mismo techo, por diversas razones.

La vida comunitaria nos permite compartir la paciencia que nosotros vivimos con Cristo. La paciencia ante los sufrimientos del mundo, la paciencia con los problemas por la falta de vocaciones, ante la inquietud ante el futuro de la Congregación. Si vivimos de la paciencia de Cristo, las sorpresas de Dios nos llegan a punto.

Así ya no tenemos que inquietarnos más por la falta

de vocaciones, el cierre del noviciado, etc. El Señor hace siempre maravillas como las hizo para Abraham. Dios le da un hijo a casi los cien años siendo su mujer estéril. Y a nosotras también, el Señor nos dará jóvenes vocaciones si somos pacientes. La paciencia genera la esperanza. Formemos comunidades pacientes que ponen su confianza en Dios, marchemos con Jesucristo y sigámosle, siempre adelante

La comunidad es muy importante, es en ella donde hacemos florecer las flores del color típico de las marianistas. La comunidad es una casa y una fuerza para todas

**EL OBJETIVO DE LA VIDA
COMUNITARIA ES AMARSE COMO
HERMANOS Y HERMANAS
« MURAD CÓMO SE AMAN ».**

Homilía del Papa Francisco (viernes 2 de febrero 2018)

Fiesta de la Presentación del Señor. XXII jornada de la vida consagrada.

Cuarenta días después de Navidad celebramos al Señor que, entrando en el templo, va al encuentro de su pueblo. En el Oriente cristiano, a esta fiesta se la llama precisamente la «Fiesta del encuentro»: es el encuentro entre el Niño Dios, que trae novedad, y la humanidad que espera, representada por los ancianos en el templo.

En el templo sucede también otro encuentro, el de dos parejas: por una parte, los jóvenes María y José, por otra, los ancianos Simeón y Ana. Los ancianos reciben de los jóvenes, y los jóvenes de los ancianos. María y José encuentran en el templo las *raíces del pueblo*, y esto es importante, porque la promesa de Dios no se realiza individualmente y de una sola vez, sino juntos y a lo largo de la historia. Y encuentran también las *raíces de la fe*, porque la fe no es una noción que se aprende en un libro, sino el arte de vivir con Dios, que se consigue por la experiencia de quien nos ha precedido en el camino. Así los dos jóvenes, encontrándose con los ancianos, se encuentran a sí mismos. Y los dos ancianos, hacia el final de sus días, reciben a Jesús, que es el sentido a sus vidas. En este episodio se cumple así la profecía de Joel: «Vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos tendrán sueños y visiones» (3,1). En ese encuentro los jóvenes descubren su misión y los ancianos realizan sus sueños. Y todo esto porque en el centro del encuentro está Jesús.

Mirémonos a nosotros, queridos hermanos y hermanas consagrados. Todo comenzó gracias al encuentro con el Señor. De un encuentro y de una llamada nació el camino de la consagración. Es necesario hacer memoria de ello. Y si recordamos bien veremos que en ese encuentro no estábamos solos con Jesús: estaba también el pueblo de Dios —la Iglesia—, jóvenes y ancianos, como en el Evangelio. Allí hay un detalle interesante: mientras los jóvenes María y José observan fielmente las prescripciones de la Ley —el Evangelio lo dice cuatro veces—, y no hablan nunca, los ancianos Simeón y Ana acuden y profetizan. Parece que debería ser al contrario: en general, los jóvenes son quienes hablan con ímpetu del futuro, mientras los ancianos custodian el pasado. En el Evangelio sucede lo contrario, porque cuando uno se encuentra en el Señor no tardan en llegar las sorpresas de Dios. Para dejar que sucedan en la vida consagrada es bueno recordar que no se puede renovar



el encuentro con el Señor sin el otro: nunca dejar atrás, nunca hacer descartes generacionales, sino acompañarse cada día, con el Señor en el centro. Porque si los jóvenes están llamados a abrir nuevas puertas, los ancianos tienen las llaves. Y la juventud de un instituto está en ir a las raíces, escuchando a los ancianos. No hay futuro sin este encuentro entre ancianos y jóvenes; no hay crecimiento sin raíces y no hay florecimiento sin brotes nuevos. Nunca profecía sin memoria, nunca memoria sin profecía; y, siempre encontrarse.

La vida frenética de hoy lleva a cerrar muchas puertas al encuentro, a menudo por el miedo al otro —las puertas de los centros comerciales y las conexiones de red permanecen siempre abiertas—. Que no sea así en la vida consagrada: el hermano y la hermana que Dios me da son parte de mi historia, son dones que hay que custodiar. No vaya a suceder que miremos más la pantalla del teléfono que los ojos del hermano, o que nos fijemos más en nuestros programas que en el Señor. Porque cuando se ponen en el centro los proyectos, las técnicas y las estructuras, la vida consagrada deja de atraer y ya no comunica; no florece porque olvida «lo que tiene sepultado», es decir, las raíces.

La vida consagrada nace y renace del encuentro con Jesús tal como es: pobre, casto y obediente. Se mueve por una doble vía: por un lado, la iniciativa amorosa de Dios, de la que todo comienza y a la que siempre debemos regresar; por otro lado, nuestra respuesta, que es de amor verdadero cuando se da *sin peros ni excusas*, y cuando imita a Jesús pobre, casto y obediente. Así, mientras la vida del mundo trata de acumular, la vida consagrada deja las riquezas que son pasajeras para abrazar a Aquel que permanece. La vida del mundo persigue los placeres y los deseos del yo, la vida consagrada libera el afecto de toda posesión para amar completamente a Dios y a los demás. La vida del mundo se empeña en hacer lo que quiere, la vida consagrada elige la obediencia humilde como la libertad más grande. Y mientras la vida del mundo deja pronto con las manos y el corazón vacíos, la vida según Jesús colma de paz hasta el final, como en el Evangelio, en el que los ancianos llegan felices al ocaso de la vida, con el Señor en sus manos y la alegría en el corazón.

Cuánto bien nos hace, como Simeón, tener al Señor «en brazos» (Lc 2,28). No sólo en la cabeza y en el corazón, sino en las manos, en todo lo que hacemos: en la oración, en el trabajo, en la comida, al teléfono, en la escuela, con los pobres, en todas partes. Tener al Señor en las manos es el antídoto contra el misticismo aislado y el activismo desenfrenado, porque el encuentro real con Jesús endereza tanto al devoto sentimental como al frenético factótum. Vivir el encuentro con Jesús es también el remedio para la *parálisis de la normalidad*, es abrirse a la cotidiana agitación de la gracia. Dejarse encontrar por Jesús, ayudar a encontrar a Jesús: este es el secreto para mantener viva la llama de la vida espiritual. Es la manera de escapar a una vida asfixiada, dominada por los lamentos, la amargura y las inevitables decepciones. Encontrarse en Jesús como hermanos y hermanas, jóvenes y ancianos, para superar la retórica estéril de los «viejos tiempos pasados» —esa nostalgia que mata el alma—, para acabar con el «aquí no hay nada bueno». Si Jesús y los hermanos se encuentran todos los días, el corazón no se polariza en el pasado o el futuro, sino que vive el hoy de Dios en paz con todos.

Al final de los Evangelios hay otro encuentro con Jesús que puede ayudar a la vida consagrada: el de las mujeres en el sepulcro. Fueron a encontrar a un muerto, su viaje parecía inútil. También vosotros vais por el mundo a contracorriente: la vida del mundo rechaza fácilmente la pobreza, la castidad y la obediencia. Pero, al igual que aquellas mujeres, vais adelante, a pesar de la preocupación por las piedras pesadas que hay que remover (cf. Mc 16,3). Y al igual que aquellas mujeres, las primeras que encontraron al Señor resucitado y vivo, os abrazáis a Él (cf. Mt 28,9) y lo anunciáis inmediatamente a los hermanos, con los ojos que brillan de alegría (cf. v. 8). Sois por tanto el amanecer perenne de la Iglesia: vosotros, consagrados y consagradas, sois el alba perenne de la Iglesia. Os deseo que reavivéis hoy mismo el encuentro con Jesús, caminando juntos hacia Él; y así se iluminarán vuestros ojos y se fortalecerán vuestros pasos.

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA: GAUDETE ET EXULTATE DEL SANTO PADRE

Sobre la llamada a la santidad en el mundo actual

En comunidad

141. La santificación es un camino comunitario, de dos en dos. Así lo reflejan algunas comunidades santas. En varias ocasiones la Iglesia ha canonizado a comunidades enteras que vivieron heroicamente el Evangelio o que ofrecieron a Dios la vida de todos sus miembros. Pensemos, por ejemplo, en los siete santos fundadores de la Orden de los Siervos de María, en las siete beatas religiosas del primer monasterio de la Visitación de Madrid, en san Pablo Miki y compañeros mártires en Japón, en san



Andrés Kim Taegon y compañeros mártires en Corea, en san Roque González, san Alfonso Rodríguez y compañeros mártires en Sudamérica. También recordemos el reciente testimonio de los monjes trapenses de Tibhirine (Argelia), que se prepararon juntos para el martirio. Del mismo modo, hay muchos matrimonios santos, donde cada uno fue un instrumento de Cristo para la santificación del cónyuge. Vivir o trabajar con otros es sin duda un camino de desarrollo espiritual. San Juan de la Cruz decía a un discípulo: estás viviendo con otros «para que te labren y ejerciten»[104].

142. La comunidad está llamada a crear ese «espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado»[105]. Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera. Esto da lugar también a verdaderas experiencias místicas vividas en comunidad, como fue el caso de san Benito y santa Escolástica, o aquel sublime encuentro espiritual que vivieron juntos san Agustín y su madre santa Mónica: «Cuando ya se acercaba el día de su muerte —día por ti conocido, y que nosotros ignorábamos—, sucedió, por tus ocultos designios, como lo creo firmemente, que nos encontramos ella y yo solos, apoyados en una ventana que daba al jardín interior de la casa donde nos hospedábamos [...]. Y abríamos la boca de nuestro corazón, ávidos de las corrientes de tu fuente, la fuente de vida que hay en ti [...]. Y mientras estamos hablando y suspirando por ella [la sabiduría], llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón [...] de modo que fuese la vida sempiterna cual fue este momento de intuición por el cual suspiramos»[106].

143. Pero estas experiencias no son lo más frecuente, ni lo más importante. La vida comunitaria, sea en la familia, en la parroquia, en la comunidad religiosa o en cualquier otra, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos. Esto ocurría en la comunidad santa que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de manera paradigmática la belleza de la comunión trinitaria. También es lo que sucedía en la vida comunitaria que Jesús llevó con sus discípulos y con el pueblo sencillo.

144. Recordemos cómo Jesús invitaba a sus discípulos a prestar atención a los detalles. El pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta. El pequeño detalle de que faltaba una oveja. El pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas. El pequeño detalle de tener aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora. El pequeño detalle de pedir a sus discípulos que vieran cuántos panes tenían. El pequeño detalle de tener un fueguito preparado y un pescado en la parrilla mientras esperaba a los discípulos de madrugada.

145. La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor[107], donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre. A veces, por un don del amor del Señor, en medio de esos pequeños detalles se nos regalan consoladoras experiencias de Dios: «Una tarde de invierno estaba yo cumpliendo, como de costumbre, mi dulce tarea [...]. De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy bien iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; y en él, señoritas elegantemente vestidas, prodigándose mutuamente cumplidos y cortesías mundanas. Luego posé la mirada en la pobre enferma, a quien sostenía. En lugar de una melodía, escuchaba de vez en cuando sus gemidos lastimeros [...]. No puedo expresar lo que pasó por mi alma. Lo único que sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, los cuales sobrepasaban de tal modo el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad»[108].

En palabras de Adela

«El cese de toda obra exterior en que me encontraba inmersa, por decirlo así, desde hace catorce años es un auténtico sacrificio para mí. En mis jornadas hay un penoso vacío, que yo quisiera llenar con el amor de Dios y con un cuidado más habitual de mi comunidad. (378,2)

«¡Vamos, mi querida hermana, levantemos el ánimo en medio de los apuros de nuestro cargo; Sobre todo, no nos descuidemos; esforcémonos en ser santas y nuestras comunidades irán bien; porque ¿qué no puede una superiora santa con sus hijas? Sus exhortaciones son entonces poderosas. Nuestro puesto, mi querida hermana, nos va a proporcionar cantidad de ocasiones de morir a nosotras mismas, y por ende, de trabajar en hacernos

santas si queremos aprovecharlas.

Considerémonos en espíritu inferiores a todas ellas y servidoras de sus almas, obligadas a servir las, a sus órdenes y voluntad. De esta manera practicaremos una obediencia habitual, pese a nuestro cargo de superiora “ (465, 4)

“¡Animo, querida hija; El Señor nos aflige, resignémonos a su voluntad! (...). Leía el otro día que los enfermos son una fuente de bendiciones para las comunidades y que hacen más por su bien que varios miembros en activo”. (568, 3)

“Adios, querida hermana, toda la comunidad te envía muchos recuerdos afectuosos. Te abrazo con toda mi alma” (617,11)



La Palabra de Dios nos dice...

“Quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4, 20)

“Pues bien, si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros” (Jn 13,14)

“Todos ellos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hech 2,42).

“Fiel es Dios que os ha llamado a vivir en unión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor” (1 Cor 1,9).

” También os ha otorgado... para que os hagáis partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1,4)

“También vosotros, como piedras vivas, vais construyendo un templo espiritual...” (1 Pe 2,5).

“Que puedan ser uno, como lo somos nosotros... para que el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado, y que los amas a ellos como me amas a mí” (Jn 17, 22-23)

“Amaos de corazón e intensamente unos a otros” (1 Pe 1,22)

Sugerencias para profundizar y orar

Personalmente: Leer pausadamente los textos del Papa Francisco, de Madre Adela y del Evangelio, tratando de destacar los puntos importantes.

- *Qué desearía cumplir por amor a Dios y para atender más a la comunidad? “Cómo deseo que la paz y el buen entendimiento reinen siempre entre vosotras” ¿Tienes este mismo deseo que Adela? ¿Tienes en tu lugar y como hermana en comunidad? ¿Eres feliz en la vida comunitaria?*
- Confías al Señor el futuro de la Congregación y continúas profundizando y renovando tu relación y encuentros con el Señor (con El) y aprovechas los encuentros con tus hermanas en la comunidad

En comunidad: Compartir la homilía completa del Papa Francisco y los ecos que suscita.

ORACION FINAL

¡Oh Dios! Somos uno Contigo

“¡Oh Dios! somos uno contigo.
Tú nos has hecho uno contigo.
Tú nos has enseñado que si permanecemos abiertos unos a otros, Tú moras en nosotros.
Ayúdanos a mantener esta apertura y a luchar por ella con todo nuestro corazón.
Ayúdanos a comprender que no puede haber entendimiento mutuo si hay rechazo. ¡Oh Dios!
Aceptándonos unos a otros de todo corazón, plenamente, totalmente, te aceptamos a Ti y te damos gracias, te adoramos y te amamos con todo nuestro ser, porque nuestro ser es tu ser, nuestro espíritu está enraizado en tu Espíritu.
Llénanos, pues, de amor y únenos en el amor conforme seguimos nuestros propios caminos, unidos en este único Espíritu que se hace presente en el mundo, y que te hace testigo de la suprema realidad que es el amor. El amor ha vencido.
El amor es victorioso.
Amén”.

(Thomas Merton, moine cistercien britannique (1915-1968) et précurseur du dialogue interreligieux.
Prière prononcée lors de la première conférence spirituelle et interreligieuse réunie en Inde, à Calcutta, en 1968.)

¡FELIZ NAVIDAD!

HOY EN NUESTRA CARNE ENTRÓ JESÚS, PARA UNIR EN ÉL A LOS HOMBRES QUE LO ESPERABAN. Y MARÍA, DE RODILLAS, OFRECE A SU PADRE.

(CUENTO DE NAVIDAD)



Comisión de Beatificación
ag.marianiste.edu@fmi-adele.org